



ADMIRABLE HISTORIA

DE

DON CARLOS Y LUCINDA,

NATURALES DE LA CIUDAD DE VALENCIA:

Dase cuenta como á un hijo que tuvieron, llamado Julian, le habló un ciervo saliendo á caza. Se declara lo que le dijo, y lo que despues le sucedió al mismo; con todo lo demas que verá el curioso Lector.

PRIMERA PARTE.

Suene el clarin de la fama
 con sus cánoros acentos,
 y por la region del aire
 esparza sus dulces ecos:
 venga todo enamorado,
 tienda todo discreto,
 todo galan preste oídos,
 todo jóven esté atento,
 los que de finos se precian,

de amantes y caballeros;
 pues todos en esta historia
 bien pueden tomar ejemplo.
 En la ciudad de Valencia,
 corte y emporio del reino
 valenciano, donde habitan
 tantas embidias de Venus;
 pues las damas que produce
 son de aquel Cupido ciego.

flechas doradas y aljaba
 con que logra sus trofeos.
 En esta bella ciudad
 de Chipre, jardín ameno,
 un Caballero vivia
 de los nobles de aquel reino,
 llamado Don Juan de Lara,
 que era rico por extremo,
 casado con Doña Inés
 de los Rios y Acevedo,
 señora de muchas prendas
 y de grande entendimiento.
 Tenian estos señores
 una hija, á quien el cielo
 la dotó de tal belleza
 que era su cara un lucero
 mas hermoso que el sol mismo;
 que en su rostro amaneciendo
 de la mañana la aurora,
 quita las luces á Febo:
 á esta llamaban Lucinda,
 que éste nombre le pusieron,
 porque como era tan linda
 le viniese el nombre apelo;
 pues por su rara hermosura
 de todos era embeleso,
 el hechizo de Valencia,
 y el alma de todo el reino.
 De esta hermosísima dama
 se enamoró un caballero
 que la adoraba rendido
 y la idolatraba tierno;
 á quien llamaban Don Carlos
 de Cardona, cuyo aliento,
 cuyos blasones y fama
 timbres á su nombre dieron.
 Para casarse con ella
 solicitaba los medios
 convenientes para hablarla
 y tratar su casamiento.

Paseábale la calle
 con músicas y festejos,
 suspiros enamorados
 y amorosos galanteos.
 Dos años gastó de amores,
 sin que su amoroso fuego
 llegase á emprender dichosos
 en la ocasion sus incendios.
 Una noche en fin dichosa,
 cuando el nocturno Morfeo
 á los sentidos suspende
 el egercicio supremo:
 cuando todos los mortales
 rinden el tributo al sueño;
 y cuando el ave cánora
 suspende la voz y el vuelo,
 y entre las hojas del árbol
 busca defensas al tiempo.
 Salió Lucinda á una reja,
 y el adónis caballero
 allí le habló en sus amores,
 le declaró sus intentos,
 le dió palabra de esposo:
 ella le aceptó en efecto,
 y le dijo: señor mio,
 estimando como debo
 el mucho amor que me tiene,
 cumplir la palabra ofrezco,
 usted me pida á mis padres.
 Don Carlos dijo contento:
 luego al punto, sol hermoso,
 estoy pronto á obedeceros.
 Pidiola en fin á sus padres,
 pero ellos no se la dieron,
 porque era Don Carlos pobre,
 y es este borron muy feo;
 porque no valen noblezas
 sino hay con ellas dinero;
 y porque no se casara
 la meten en un convento.

Don Carlos sabiendo el caso,
 enfadado del suceso,
 dispone robar la dama,
 sacarla del monasterio,
 sin mirar que estos arrojos
 Dios los castiga severo:
 y que puede ser que al fin
 lo pague para escarmiento
 con temporales castigos
 cuando no sean eternos.
 Y una noche, cuyas sombras
 ayudaron sus intentos,
 tomaron los dos amantes
 fuga en un bajél ligero,
 que alas le prestára el aire
 en el mar de sus deseos:
 cual otro París troyano
 que á Elena robó del Griego.
 Mas en medio de este gozo,
 de la noche en el silencio,
 se levantó una tormenta
 en aquel golfo soberbio,
 que las olas de Neptuno
 dan con la nave en el cielo;
 porque enojadas las ondas,
 ya bajando ya subiendo,
 al azotado bajél
 descuadernaban los leños,
 y braman lo el mar furioso
 les quiso dar monumento
 en sus quebrados cristales,
 como á Leandro y á Ero.
 Hizose el bajél pedazos
 á la furia de los vientos,
 y á la fuerza de las olas
 el mar salió de su centro.
 Fluctuando entre las aguas,
 asidos á un frágil leño,
 sobre la fé de una tabla
 los dos amantes salieron

de milagro á las orillas
 de dominios estrangeros,
 como monstruos de fortuna,
 pues de fortuna vivieron.
 Besan la mojada arena
 donde alli los dos se vieron;
 ella Nercida del agua,
 él Triton del mar soberbio.
 Despues de aquesta tragedia,
 dándole gracias al cielo
 de haberles de ella librado,
 llegan con gusto y contento
 á Napoles la famosa,
 donde se casaron luego,
 y de Himeneo gozaron
 el logro de sus deseos.
 De este matrimonio amado
 tuvieron un hijo bello,
 á quien Julian le llamaron
 en el bautismo supremo.
 Criáronle santamente
 con educacion y ejemplo:
 llegó á edad de quince años,
 dando á entender el mancebo
 en la lucha y en la caza
 el valor y el ardimiento.
 Saliendo á cazar un dia
 por unos montes espesos,
 en medio de una montaña
 contento divisó un ciervo,
 que velóz la penetraba
 á competencia del viento:
 síguete con la escopeta,
 haciendo el matarle empeño;
 húyele el ciervo acosado,
 y el jóven le iba siguiendo
 porfiando en el alcance
 para matarle al momento.
 Pero viéndose apretado
 el bruto montaraz, luego

paró su veloz carrera, siempre en su memoria el ciervo;
 se encaró con el mancebo, pasó diversas fortunas,
 con voz humana le dice sufrió trabajos inmensos
 enojado y muy soberbio: y necesidades muchas,
Di, homicida de tus padres, como pobre forastero,
por qué me persigues fiero? que por muchas no las digo,
 Apenas oyó sus voces, y por largas no las cuento.
 cuando se cayó en el suelo Y los padres de Julian
 amortecido y sin habla cuando el hijo echaron menos
 (no fue el caso para menos) y que no sabian de él
 quedando como difunto por diligencias que hicieron,
 en el asombro y el miedo; con el dolor y la pena
 que no hay humano valor alzan las manos al cielo,
 en casos tan estupendos. y con suspiros y llantos
 Al cabo de mucho rato, á Dios le piden consuelo.
 ya cuando volvió en su acuerdo, Fue tanta su amante pena,
 hácia su casa camina y fue tal el sentimiento
 triste, confuso y suspenso, que partieron á buscarle,
 pero viendo que habia sido abandonando sus fueros,
 aquello aviso del cielo su casa, caudal y hacienda
 sobrenatural, que Dios (tanto es el amor perpetuo)
 le envió con aquel ciervo, caminaron varios climas,
 y que acaso ser podia muchos reinos anduvieron
 pronóstico verdadero; vestidos de peregrinos,
 para quitar la ocasion que aqueste traje eligieron
 y escusar el sentimiento en busca de su hijo amado
 de la muerte de sus padres, que ya le juzgaban muerto,
 y el vaticinio funesto porque ignoraban la causa,
 que anunciaba tal desdicha y de su fuga el secreto;
 á quien amaba en extremo; mas viendo que no le hallan
 se ausentó secretamente, precian sus desconuelos,
 queriendo por este medio sin poder hallar alivio
 evitar aquel desastre cruel, terrible y sangriento. Dejemos en este estado
 En fin, salióse Julian este caso verdadero,
 por varios climas y reinos, que en el segundo romance
 anduvo muchas ciudades, se dirá de este suceso
 visitó diversos pueblos, lo que falta, que es muy largo
 fugitivo aun de sí mismo y no es para medio pliego.



PORTENTOSA HISTORIA

DE DON CARLOS Y LUCINDA.

Refiérese como fueron muertos á manos de su hijo Julian, sin conocerlos él, saliendo cierto el pronóstico del ciervo; y como él con su esposa se fueron á un hospital á hacer penitencia.

SEGUNDA PARTE.

En el pasado romance ya dije como salieron los padres de Julian á buscarle, y que anduvieron buscando por el mundo con trabajo y desconsuelo: ahora sigo la historia y prosigo los sucesos de Julian, que fueron tantos que no es fácil de creerlo. Salió este mancebo heroico llevando su pensamiento á España, donde llegó, como referido dejo, de Nápoles la famosa, y entró á servir al Rey nuestro en la guerra de Aragon

donde mostró sus alientos, hizo hazañas memorables, hizo muy famosos hechos, venciendo muchas batallas, grandes soldados rindiendo, le ganó muchas ciudades, le sujetó muchos pueblos; siendo su acero luciente de los enemigos miedo; el terror de los rebeldes y asombro del universo. Viendo el Rey estas hazañas, premió sus nobles alientos, y su general le hizo honrándolo con tal puesto; y cuando supo quien era, y su noble nacimiento,

con una noble señora
 lo casó luego al momento,
 que Margarita se llama,
 cuyo divino sugeto
 supo unir lo soberano
 con lo hermoso y con lo regio.
 Vivía el gallardo mozo
 muy gustoso y muy contento
 con su perla Margarita,
 joya de subido precio,
 dejando rumbos de Marte
 por las delicias de Venus.
 Muy olvidado vivía
 Julian, aun de sí mismo,
 y de aquel pasado lance
 del pronóstico del ciervo,
 como en el primer romance
 ya referido lo dejó.
 Mas sus padres lo buscaban
 por países estrangeros,
 por Roma, Milán y otras
 provincias y varios reinos.
 Con joyas y con riquezas,
 con alhajas y dinero
 se embarcaron para España
 en su busca y seguimiento:
 y despues de haber andado
 de España el ámbito escelso,
 una tenebrosa noche
 que arrojó rayos el cielo
 en una grande tormenta
 de relámpagos y truenos,
 como que ya adivinaba
 su trágico fin funesto.
 Llegaron Lucinda y Carlos
 á un palacio muy supremo
 que en una aldea tenia
 Julian para su recreo,
 donde á la sazón estaba
 gozando el amor trofeos

con su hermosa Margarita,
 mucho mas bella que Venus:
 habia salido á caza
 que era su divertimento,
 y se quedó Margarita
 con el acompañamiento
 de criados, retirada
 mientras venia su dueño.
 Llegan los dos peregrinos
 á sus puertas á este tiempo,
 eran de Julian los padres,
 los cuales le refirieron
 á la hermosa Margarita
 sus fracasos y sucesos,
 y diéronse á conocer,
 diciendo como eran ellos
 de su marido los padres,
 que le buscan con deseo
 de verle, por cuya causa
 de aquella suerte vinieron.
 Cuando entendió Margarita
 quien eran los estrangeros,
 que eran de su esposo padres,
 con gran placer y contento
 los hospedó cariñosa,
 haciéndoles mil cortejos.
 Allí le cuenta la causa
 del viaje por estenso,
 haciéndoles relacion
 de lo que en él padecieron,
 los trabajos y pesares,
 las penas y los tormentos,
 los mares y las borrascas,
 sustos, peligros y riesgos;
 y la hermosa Margarita
 suspensa la estaba oyendo,
 admirada del acaso
 que le estaba sucediendo.
 Y despues de haber cenado,
 con el aparato regio

que á los tres pertenecía,
 con placer y con consuelo,
 con lágrimas de alegría,
 cuando era hora que el sueño
 que es pension de los mortales
 le diese el descanso quieto.
 Los llevó á su misma estancia,
 y á los dos les dá su lecho
 adornado de brocados,
 joyas, galas y aderezos.
 Ya que los dejó acostados
 cuando ya iba amaneciendo,
 salió á la misa del alba
 cuando el alba iba rompiendo,
 porque quiso Margarita
 al alba darle un encuentro,
 y un choque con su hermosura,
 cara á cara y cuerpo á cuerpo,
 luz á luz y rayo á rayo,
 que podia bien hacerlo.
 A este tiempo Julian vino,
 cuando de Apolo el lucero
 rayaba neutrales lnces
 en la lámpara de Febo:
 cuando el tierno pajarillo
 empieza á entonar gorgeos,
 y sacudiendo sus plumas,
 despezándose hueco
 sobre la verde ramilla
 de los chopos y los fresnos,
 á vista de su consorte
 del pico afila el extremo.
 Entró Julian en su cuarto
 descuidado del suceso,
 se fue acercando á su cama
 para dar descanso al cuerpo
 del cansancio de la caza,
 imágen de sus alientos.
 Corrió la hermosa cortina
 adonde estaban durmiendo

sus dos padres recojidos,
 pagando el natural feudo;
 cuando vido Julian
 hombre y muger en su lecho,
 estatua de marmol frio
 se quedó de luego á luego,
 juzgando que era su esposa
 que le hacia adulterio.
 Colérico y enojado,
 como leon carnicero
 que despedaza celoso
 chopos, peñascos y leños,
 siendo sus agudas garras
 los cuchillos mas sangrientos,
 con encendido corage,
 echando sus ojos fuego,
 el corazon palpitante
 que le salia del pecho,
 pálido el rabioso rostro,
 arrancó un puñal violento,
 y les dió de puñaladas,
 dejándolos allí muertos,
 rebolcándose en su sangre,
 téngalos Dios en el cielo.
 Vino despues Margarita,
 y viendo el estrago fiero,
 le dice: esposo del alma,
 qué estrago es este que has hecho?
 Sabe que has muerto á tus padres,
 pues tus padres eran estos,
 que aqui llegaron anoche
 en tu busca y seguimiento
 en traje de peregrinos,
 y yo les meti aqui dentro,
 hospedándolos en casa;
 y en fin le contó el suceso,
 y todo lo que pasó;
 y él atónito y suspenso,
 pasmado de aquel acaso,
 arrepentido del hecho,

viendo á su esposa inocente,
 que fue causa de su yerro,
 aunque ella no tuvo culpa
 del lamentable suceso.
 Se acordó lloroso y triste
 de lo que le dijo el ciervo,
 cuando le siguió en la caza,
 haciendo en matarle empeño.
 Lloro, suspira y lamenta,
 los ojos levanta al cielo
 pidiendo misericordia
 con voces y con lamentos,
 el corazon se le arranca
 de dolor y sentimiento,
 que de puro dolorido
 daba saltos en el pecho.
 Pide que un rayo le abraze,
 que le consuma su incendio,
 convirtiéndole en cenizas,
 para servir de escarmiento
 para los siglos futuros
 á los patricidas fieros.
 En fin, fue tanta la pena,
 el dolor y desconsuelo
 de Julian y de su esposa,
 que al instante se partieron
 á Roma, á que los absuelva
 el Pontífice supremo.
 En traje de peregrinos,
 y con los vestidos mismos
 de sus dos difuntos padres,
 toman el camino luego.
 Confesaron su pecado
 con el sucesor de Pedro,
 quien les dió la absolucion

de su llorado defecto.
 En un hospital se meten
 para servir de enfermeros
 á los pobres de la casa;
 la caridad ejerciendo,
 asistiendo vigilantes
 á todos los ministerios
 de piedad, que se ofrecian
 allí á los pobres enfermos.
 Pasaron pues muchos años
 ejercitados en esto,
 practicando las virtudes,
 sin querer ser descubiertos,
 y allí acabaron su vida
 pagando debido feudo
 al Autor de lo criado,
 y Señor del universo,
 y con opinion muy santa
 de aquesta vida salieron,
 dejando con sus virtudes
 para imitarlas ejemplo,
 pues allí fueron los dos
 flores del jardin ameno
 de la gracia, pues con ella
 Dios premió su santo celo.
 En la muerte de los dos
 mil maravillas se vieron,
 porque es muy grande el Señor
 en favorecer sus siervos.
 Y este romance se escribe,
 porque es caso verdadero,
 á noticia de los hombres,
 para que tomen ejemplo;
 teman á Dios y le pidan
 que nos dé su santo reino.

FIN.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería núm. 18.
 donde se hallarán otros diferentes.*